

BIBLIOTECA

DE

EL ECO DE AMBOS MUNDOS,

REVOLUCION DE LIMA

RESEÑA DE LOS ACONTECIMIENTOS DE JULIO,

POR

HECTOR F. VARELA,

ACOMPAÑADA DE UN JUICIO SOBRE LOS MISMOS,

POR

EMILIO CASTELAR.

MÉXICO.—1873.

IMPRESA Y LITOGRAFIA DE LA BOHEMIA LITERARIA,
Portal del Coliseo Viejo núm. 8.

A LA JUVENTUD PERUANA Y CHILENA.

¡Hermanos!

Tengo la memoria del corazón.

En Chile, como en el Perú, recibí de ustedes—jóvenes esperanzas del grandioso porvenir que la Providencia reserva á la América de la libertad, de la democracia, de la justicia y del derecho—una acogida que podría envanecer y llenar de orgullo á la mas encumbrada personalidad de nuestros tiempos.

En Valparaiso, como en Santiago, como en Copiapó y en Chañarcillo, me dieron ustedes una serie de banquetes: me acompañaron en triunfo hasta mi alojamiento al son de músicas alegres, cuyos ecos se confundían con los vítores entusiastas de pechos nobles y generosos.

En el Callao y en Lima, los alumnos del colegio de «San Carlos» fueron á recibirme á la estación con músicas y banderas: las sociedades científicas y literarias me abrieron sus puertas, nombrándome socio ó miembro honorario, concluyendo esta serie de verdaderas ovaciones—tributadas al mas modesto, pero no al menos ardiente soldado de la cruzada redentora á cuya vanguardia marcha

la generacion que se levanta—con una serie de fiestas y banquetes que abrian mi alma á la esperanza, iluminándola de contento y alegría.

Se lo he dicho: tengo la memoria del corazon; y el recuerdo de tanto honor dispensado, y de tan valiosa amistad manifestada espléndidamente, consuelo de mis horas de tristeza en los combates de la vida, serán, en todo momento, gloria del republicano y del demócrata.

Yo sé que estas deudas no se pagan jamas, porque no se pueden pagar, porque no hay con qué pagarlas, y ya que no me es dado hacerlo, acojan ustedes, jóvenes amigos, las páginas de este libro que humildemente les dedico, como el sincero homenaje del hombre agradecido que, donde quiera que lo arrojen las brisas del destino, tendrá siempre un afectuoso y agradecido recuerdo para la brillante juventud de Chile y el Perú, y una súplica al Dios de las alturas en favor de su prosperidad, de su dicha personal y de la grandeza de su patria querida.

HECTOR F. VARELA.

Paris, 30 de Setiembre de 1872.

REVOLUCION DE LIMA.

PRIMERA PARTE

I

No solo la América republicana, sino la misma Europa monárquica, se han sentido profundamente impresionadas por los sangrientos y vertiginosos acontecimientos que, en Julio del corriente año, han tenido por teatro á Lima, la antigua ciudad de los vireyes.

Por su trascendencia, por la influencia que van á tener en la vida del Perú, por las lecciones que pueden traer para el pueblo, esos acontecimientos deben quedar consignados, no en las páginas fugaces de la prensa militante—hojas deleznable que se pierden en la corriente impetuosa de la vida diaria—sino en un libro, destinado á una existencia mas tranquila y duradera.

Por eso queremos consignar en este la historia rápida de cuanto acaba de pasar en Lima, cuyo pueblo, levanta

tando en alto el honor de la patria, tanto tiempo ultrajada por el militarismo, que pretendia hacer del Perú la sávia de su vida y el mártir de sus ambiciones licenciosas, ha conquistado á los ojos de propios y extraños la admiracion y el respeto que, en todo tiempo, despiertan en el alma de la humanidad regenerada las hazañas y los hechos que importan un triunfo para la libertad, una garantía para el derecho, un trofeo para la democracial

Lejos del teatro de los sucesos, sin ódios ni pasiones, y sin una participacion directa en la política ardiente del Perú, nos creemos en situacion de poder apreciar los acontecimientos que han cambiado su faz interna, con esa tranquila imparcialidad que hacia decir á Voltaire: *no digas á la posteridad sino lo que es digno de la posteridad.*

Los hechos notables del drama son estos:

El motin militar del 22 de Julio, encabezado por un miembro del gobierno legal, existente ese dia.

El asesinato del presidente constitucional D. José Balta, perpetrado por sus propios parciales y sostenedores.

La muerte de los asesinos, decretada y llevada á cabo por el pueblo.

El nombramiento de D. Manuel Pardo para presidente constitucional del Perú.

Estos hechos, íntimamente ligados entre sí, lejos de ser hechos aislados, producidos al acaso y fortuitamente, han sido, por el contrario, la consecuencia natural de un despotismo, rudo unas veces, cobarde otras.

Ocupémonos de ellos.

II

No creemos que ningun hombre imparcial, de los que conocian á fondo la situacion del Perú durante la campaña electoral, podia hacerse ilusiones acerca de la suerte que le esperaba.

Estaba en la conciencia de todos que, con su conducta caprichosa, tiránica, verdaderamente brutal en muchos momentos, el presidente Balta provocaba una revolucion, *la legitimaba.*

En cuanto á nosotros, esta fué nuestra humilde opinion desde que llegamos á Lima en Octubre del año anterior; opinion que desde luego consignamos en una correspondencia dirigida á *La Tribuna* de Buenos Aires.

Posteriormente, en una revista *á vuelo de pájaro* que de la situacion general de la América hicimos en *El Americano*, hablando del Perú, deciamos con fecha 28 de Mayo—es decir, dos meses antes de los últimos acontecimientos—estas textuales palabras:

«Derrocado el coronel Prado del poder por una revolucion que no hace honor á sus autores, le sucedió el actual presidente, coronel Balta.

«Los primeros años de su gobierno honran á este mandatario, porque consiguió establecer la paz en un país que solo la conocia como un incidente pasajero de su vida, entregándose con noble ahinco á mejorar sus condiciones materiales y morales.

«A su sombra, el coronel Balta ha hecho bienes positivos á su país, decretando la construccion de importan-

tísimas vías férreas, algunas de las cuales están construidas ya, merced, es cierto, á la actividad y empeño del gigantesco y colosal empresario D. Enrique Meiggs, que á cada momento da pruebas de amor al Perú como una segunda patria.

«Desgraciadamente, al concluir su gobierno el coronel Balta, fatalmente inspirado y aconsejado por hombres á quienes parece importar poco el juicio que la posteridad haga de sus actos, se ha lanzado en una pendiente fatal, trocando las simpatías que antes le acompañaban en una resistencia pacífica, pero enérgica, del pueblo, *cuya conclusión puede ser tan sangrienta como desastrosa.*

«Los ejemplos de lo que ha pasado casi simultáneamente en Chile, en Colombia y la República Argentina, para la renovación de sus gobiernos, podían haberle inspirado una conducta análoga á la de los presidentes de aquellos tres países, dejando al pueblo en plena libertad de obrar, sin pretender imponerle el candidato que ha de reemplazarlo en el poder.

«Mas no sucede así.

«El pueblo, por su parte, fuerte en su derecho, dueño de prerogativas que la Constitución le garante, y alentado por las promesas del mismo Balta, que aseguraba respetar el sufragio, emprendió una campaña electoral de que podrá vanagloriarse siempre.

«De ese gran movimiento de opinion surgieron dos candidaturas verdaderamente populares, hijas del pueblo, expresion suya, reflejo ingénuo de voluntades inde-

pendientes congregadas para sostenerlas: la de D. Manuel Pardo y la del Dr. D. Toribio Ureta.

«Por su parte, el coronel Balta lanzó al terreno de la lucha la candidatura del general Echenique que, cuando ménos, ofrecía el gran inconveniente de ser todovía un caudillo militar que habia figurado ántes en el poder.

«Como la opinion se manifestase espléndida é imponente en favor de una candidatura eminentemente *civil*, es decir, de un *simple ciudadano*, y como el pueblo en masa rechazase la candidatura militar, el presidente, no creyéndose bastante fuerte para desafiar su poder, y creyendo, por el contrario, conjurar la tormenta, retiró la candidatura Echenique, y levantó la del respetable Dr. D. Antonio Arenas, no ya de una manera indirecta, sino por medio de un documento en que la *recomendaba al país.*

«Una recomendacion semejante, hecha por un presidente, ya se comprenderá el significado que tenia y la influencia que debia ejercer: era una verdadera órden dada á sus empleados y á todas las autoridades de su dependencia.

«Así la tomaron unos y otros.

«La consecuencia de este paso fatal del presidente, no era difícil preverla: los partidarios de Pardo y Ureta, fuertes por su derecho, el primero sobre todo, poderosísimo por sus elementos, léjos de arriar su bandera y desistir de sus propósitos, han redoblado y redoblan, sus esfuerzos, *dispuestos á todo*, ántes que á ceder á la imposicion oficial.

«Creemos que hacen perfectamente, y que—si como se teme—una revolucion sangrienta es la consecuencia de la difícil situación creada por la seguedad y el capricho del presidente Balta, toda la responsabilidad de los acontecimientos que se sucedan deben caer sobre su cabeza.

«Sin embargo, todavía es tiempo de que Balta vuelva sobre sus pasos, y dejando al país en libre y absoluta libertad de elegir su sucesor, concluya su período en medio de las simpatías que le acompañaban hasta que comenzó á cometer las tropelías que han sublevado contra su gobierno las resistencias de todos los hombres sensatos de su patria.

«Si así no sucede, los que amamos la América y tenemos tan profundas simpatías por el Perú, lamentaremos que por un capricho de un gobernante, este rico país pierda en un día la consideración, el crédito y el prestigio que se había conquistado á los ojos de propios y extraños en los últimos tiempos.

Esto decíamos el 28 de Mayo hablando del despótico gobierno de Balta.

III

El 13 de Agosto, haciendo justicia á la conducta observada en Colombia por su digno ex-presidente Salgar, y pensando en la grave situación que atravesaba el Peaú, exclamábamos en *EL AMERICANO*:

«¿Que conducta tan diferente á la que Balta emplea hoy en el Perú!

«Si á su lado tubiese hombres de buena fé, amantes de su país, en vez de consejeros que *lo precipitan en un abismo*, le dirían: «Imite usted el ejemplo del presidente Salgar y su nombre será una gloria de su patria.»

Como se ve, el conocimiento íntimo que teníamos de lo que estaba pasando en el Perú, donde Balta se había entregado sin pudor á todos los excesos y brutalidades que constituyen una tiranía irresponsable, nos hacía presentir el drama sangriento que ha tenido por teatro á Lima.

El 28 de Mayo decíamos en *EL AMERICANO* «que la conducta de Balta podría llevarlo á una conclusión tan sangrienta como desastrosa.»

Y hace ocho días nada más repetíamos que sus consejeros *lo precipitaban en un abismo.*»

Y bien; todo se ha realizado y, algo más, pues lo único con que no habíamos contado era con que Balta cayese al abismo de que hablábamos asesinado!

Sin embargo, así acaba de suceder.

Ocupándonos de las cosas de América, los lectores de *EL AMERICANO* han podido fijarse en la conducta que observamos: tratamos en lo posible de no traer ante el jurado de la opinión pública europea todo aquello que, sea cual sea el origen que tenga, importa una deshonra para nuestro continente y sus pueblos.

Movidos por esta consideración—que ha merecido ya más de un pláceme importante—al hablar de la situa-

cion del Perú nos limitamos entonces, y no sin dolor, créasenos, á pintarla á grandes rasgos, sin querer entrar, *estudiadamente*, en los detalles de una política que habia colocado á Balta en la categoría de un tiranuelo vulgar, y que, como lo vaticinábamos, conducia el país á la revolucion, y su tirano al abismo.

Durante largos años, el Perú, es verdad, habia vivido completamente sujeto al dominio del sable de sus caudillos, esperando anhelante la oportunidad de romper con esa tradicion de tutelaje para darse un gobierno *civil*, cuyo gefe saliese de las corrientes populares y no de los cuarteles, en cuyo seno preparaban é imponian sus candidaturas la mayor parte de los mandones que han gobernado el Perú en los últimos cuarenta años.

Dueño del poder el coronel Balta, se contrajo preferentemente á fomentar la vida material del país, como si quisiese apagar con el ruido de las locomotivas que cruzaban los campos y del martillazo del obrero, que por do quier trabajaba, el recuerdo de una época pasada.

Una esperanza acarició la mente del pueblo.

Por su parte, Balta contribuyó á fomentarla, tratando de hacer un *gobierno de trabajo* en vez de un *gobierno de política*.

Con el andar del tiempo las esperanzas del pueblo tomaron nueva consistencia, pues el presidente declaró solemnemente que le dejaria en plena y absoluta libertad para concurrir á los comicios y elegir el candidato que debia reemplazarlo.

IV

Entonces se produjo en el Perú el mas espléndido movimiento de opinion de que haya ejemplo en su agitada historia, tanto por la espontaneidad que lo inspiraba y por la importancia que tenia, cuanto porque ese movimiento importaba una protesta viva y enérgica contra la prepotencia militar de los antiguos tiempos.

Al iniciarse la lucha electoral, la aspiracion del pueblo se resumió de este modo: «Levantemos una candidatura *civil*, y que concluyan para siempre en el Perú los gobiernos de sable, producidos por las revoluciones sangrientas que han enlutado el país.»

Esta aspiracion no podia ser mas noble, ni mas democrática, ni mas legítima.

El Perú, inmensamente rico, con una tradicion gloriosa, habitado por una raza valiente, emprendedora y de hábitos dulces y sencillos, con hombres eminentes en el foro, en el parlamento, en la magistratura, en la política, en las letras y la literatura, se venia, sin embargo, quedando á retaguardia de otras repúblicas americanas en el camino de las conquistas morales que ellas van alcanzando.

Esta postracion y estos males tenian por causa la prepotencia del militarismo representado en soldados, ambiciosos los unos, sedientos de fortuna los otros, incapaces de gobernar todos, que jugaban á las revoluciones, que subian y bajaban del mando, sin dejar otra huella de sus administraciones que la cuenta de los millares despilfar-

rados en satisfacer sus caprichos y liviandades, ó contratos bochornosos, como los de Dreyfus y otros por el estilo.

El pueblo, víctima constante de todos esos escándalos, sentía la necesidad de acabar con ellos, y de aquí la imponente actitud por él asumida en la última lucha.

Sin embargo, la tarea que emprendía no podía ser mas difícil, ni mas preñada de tropiezos y dificultades.

Los hábitos y las costumbres sociales ó políticas de una nación no se cambian ni modifican repentinamente sin grandes estremecimientos en todas las esferas de su existencia.

Hasta entonces, el Perú había vivido en medio de constantes revoluciones, hechas, no por el pueblo en nombre de un gran principio, de una gran idea ó de una aspiración noble para salvar la libertad y la democracia, sino por gefes militares que levantaban su espada sobre la ley, y que amarraban la justicia á la cola de sus caballos para arrastrarla sin piedad en el fango y en la prostitución.

V

Las revoluciones se sucedían; pero las situaciones no cambiaban, lo que hacía exclamar á un jóven lleno de talento—cuya temprana muerte privó al Perú de una de sus mas bellas esperanzas—al día siguiente de una de tantas revoluciones.

«La juventud busca por todas partes los frutos de la revolución y solo encuentra los mismos abusos, las mis-

mas manchas de los gobiernos anteriores; los farsantes han cambiado, pero la farsa continúa. La revolución ha consumado la obra de la destrucción, los fragmentos del antiguo edificio social ruedan dispersos, las instituciones flotan en el naufragio actual, y hasta ahora no ha aparecido el Salvador que anime con su soplo el cadáver que se llama República Peruana. El gobierno provisorio se ha encastillado; los clamores de los pueblos no llegan á sus oídos, el espectáculo de la miseria que se ha extendido sobre el país no hiere su vista: ébrio con los laureles de la victoria, y víctima de las mezquindades de candidatura, nada quiere, nada puede, nada hace por el pueblo: apela al sable para sostener sus exageradas pretensiones, y parece ser el precursor de un nuevo 2 de Diciembre encubierto con el ropaje republicano.

«En la época mas brillante de nuestra vida política, cuando todos los hombres de corazón esperaban una reforma radical que rehabilitase á las masas abatidas bajo el peso de sus cadenas, que levantase las instituciones derribadas por el militarismo, que aliviase á nuestra hacienda agonizante reduciendo la deuda inmensa que sobre ella gravita, que atendiese al desarrollo de los intereses materiales, y que fundase, en fin, el hermoso edificio de la República sobre las seguras y anchas bases de la libertad y el órden; cuando nuestras esperanzas se cifraban en los revolucionarios de 54, esos revolucionarios, ó no han comprendido, ó han traicionado el espíritu de la revolución.

«Siempre la incapacidad elevada sobre pedestales.

«Siempre el crimen coronado.

«Siempre el talento y la virtud olvidados.

«Siempre la vieja generacion sentada al banquete de la corrupcion.

«Siempre la juventud proscrita.

«Siempre ministros conservadores, jueces retrógrados, empleados ascendidos por el empeño, autoridades departamentales y provinciales servidas por el sable.»

Este grito de dolor, arrancado al noble pecho de un peruano sincero, pinta perfectamente la situacion que, por largos años, ha venido cruzando su desgraciada y hermosa patria.

Pues bien; la última campaña electoral del Perú era una gran revolucion contra ese pasado de tutelaje y de vergüenza, de explotaciones y crímenes; pero revolucion tranquila y pacífica, revolucion en que los combatientes del derecho y de la razon no han tenido mas armas para operarla que la prensa y la palabra, que el *meeting* y el diario.

En el primer momento nada significaban los nombres propios.

Ante todo era preciso desplegar la bandera y llamar la nacion en torno de los que quisiesen acabar con el militarismo, levantando una candidatura *puramente civil*.

El pueblo no se hizo esperar, y sin medir la grandeza de la lucha á que se iba á lanzar, teniendo que combatir contra los intereses creados por cuarenta años de prepotencia militar, se puso resueltamente de pié.

VI

Fué entonces que tuvo lugar un espectáculo que, haciendo la gloria de la democracia americana, hará eternamente honor al Perú.

Los partidos populares se organizaron perfectamente, estableciendo *clubs* y centros de opinion, no solo en Lima y principales ciudades, sino en todos los puntos de la República donde habia una cabeza que pensase y un corazon que sintiese.

Hermoso espectáculo de la República, de la democracia y de la libertad!

Al contemplarlo, todo peruano honrado debia sentirse feliz, orgulloso y contento, viendo asomar para su patria una alborada de esperanzas y regeneracion.

Organizado el pueblo, dos candidaturas serias se presentaron: la de D. Manuel Pardo y la del Dr. D. Toribio Ureta.

Ambos muy dignos por sus antecedentes, por su talento y posicion social, fácil fué, sin embargo, notar desde el principio de la campaña, que la candidatura verdaderamente popular era la de Pardo, y que la inmensa mayoría del pueblo le prestaba su apoyo, lo que no impedia que el Dr. Ureta tuviese, por su parte, un partido importante que, á su vez, le prestase el suyo.

Como dijimos antes, este movimiento regenerador de opinion tenia por base, no solo el cansancio del pueblo, sino la promesa formal hecha por el presidente Balta de

que le dejaria en plena y absoluta libertad para elegir el candidato de sus simpatías.

¿Lo creyó el pueblo?

¿Lo creyó la prensa?

No lo sabemos; pero el hecho es que mientras el uno aparentaba tener una plena confianza en la promesa del mandatario, la otra le tributaba constantes elogios, como si creyese necesario estar acariciando el león para que no lanzase un rugido.

Fatal engaño y vana ilusión!

Los hombres de espada habituados al mando, cuando, como Balta, carecen de instrucción y de talento, y solo deben la alta posición que ocupan á un capricho de la fortuna, al prestigio militar conquistado con un rasgo de valor, ó á una veleidad de lo *imprevisto*, no renuncian fácilmente á ciertos hábitos de superioridad y omnipotencia, sobre todo si no tienen á su lado quienes moderen sus arranques, calmen sus pasiones y apaguen sus ilegítimas ambiciones.

Balta era un hombre de pasiones fuertes á quien le gustaba dominar.

Fatalmente llamó á su lado á un ministro que debia hacerle un daño inmenso, cuyos consejos quizás le han llevado á la tumba.

Hablamos del coronel Santa María.

En el momento en que la opinión habia despertado, en que el pueblo se entregaba confiado á la gestión de sus derechos, el presidente Balta, faltando de la manera más cínica á todos sus compromisos, y tratando como sus an-

tecesores de imponerse *militarmente*, se interpuso en el camino del pueblo y le dijo: *Aquí estoy yo también para tomar parte en la lucha*. El dado estaba tirado, la pendiente abierta, la impopularidad de Balta consagrada, y, como se acaba de ver, su propia ruina decretada también.

La actitud del pueblo le asustó.

Ese espectáculo grandioso de la libertad ejerciendo una de sus más hermosas prerogativas, en vez de consolar su alma de patriota y de republicano, llevó á su espíritu la rabia y el despecho, despertando en él la arrogancia brutal de un caudillo vulgar, que en un día, en una hora, en un segundo, sacrificaba la popularidad adquirida en los años anteriores de su gobierno.

Un hombre sano, un hombre honrado, colocado en aptitud de darle un consejo, le habria dicho—como lo apuntamos en nuestro artículo del 13 de Agosto, *antes de conocer en París su trágico fin*—«deténgase usted, señor: «cumpla sus compromisos: no violente ni contraríe la voluntad del pueblo, porque si éste despierta, su despertar «puede ser tremendo.»

En vez de ese amigo sincero, que con un lenguaje semejante lo salvase del abismo, Balta solo encontró á su lado un genio fatal que lo llevó á la tumba.

VII

Sin consideración de ninguna especie, el coronel Balta lanzó la candidatura del general Echenique, que era una provocación sangrienta dirigida al pueblo, á quien lea-

ramente se le decia: *¿Quiéres una candidatura civil? Pues yo quiero imponerte la de un antiguo caudillo militar.*

La paciencia de los pueblos tiene tambien sus límites, como los tiene su martirio y sus sufrimientos.

El Perú habia sufrido muchísimo bajo la presion de los gobiernos militares.

Por eso se levantó para condenarlos.

Esa condenacion habia ya tomado la forma de una gran sentencia, pronunciada por el mismo pueblo, plegada en masa á las candidaturas civiles de Pardo y Ureta.

Retroceder habria sido una cobardía, y el Perú no podia confundir en las páginas gloriosas de una historia brillante una en que escribiese su deshonra, abdicando tímidamente sus derechos y soberanía.

La resistencia empezó entonces.

De una parte el gobierno de Balta, poniendo en juego todos los medios oficiales.

De la otra el pueblo, haciendo uso de sus derechos y prerogativas.

De una parte el militarismo de los antiguos tiempos personificalo en el general Echenique.

De la otra las aspiraciones nacionales encarnadas en las candidaturas de Pardo y Ureta.

¿Podia haber duda en el éxito del combate, librado entre el capricho de un hombre y la razon de un pueblo, entre una tradicion de vergüenza, y una esperanza de regeneracion?

Honor al Perú!

El gobierno y su candidato fueron vencidos, derrotados, completamente derrotados, en esa primera tentativa para comprimir en su noble pecho la espansion del sentimiento que lo inspiraba y enardecia.

En todas partes era rechazada la candidatura del general Echenique.

Tres razones se invocaban para ello:

1ª Era una candidatura militar.

2ª Era impuesta por el poder.

3ª Era completamente antipática en la opinion.

A pesar de su arrogancia, Balta no tuvo el corage de insistir.

Entonces retiró del campo de la lucha electoral, la candidatura del general Echenique, y por medio de un manifiesto, que lleva su firma al pié, *recomendó* al país la candidatura, *civil* tambien del Dr. Arenas.

El atentado á la democracia y á la libertad del sufragio no podia ser mas chocante: un presidente *que recomienda oficialmente* á un candidato, impone ese candidato á las autoridades, á sus empleados, á todos los que le obedecen y *tienen algo que esperar* de él.

Los partidos populares no por eso retrocedieron ni vacilaron.

Antes por el contrario redoblaron su actividad y propaganda y la nueva candidatura oficial fué tambien completamente vencida en los comicios á pesar de los fraudes, violencias, escándalos de todo género y atentados cometidos por el gobierno de Balta *para imponerla*.

Esta resistencia del pueblo lo exasperaba.